

# Crónicas del asombro

## Mirarse en el espejo

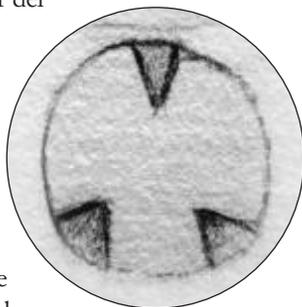
**MÓNICA LAVÍN**

Claudio Isaac,  
*Cenizas de mi padre*,  
Casa Juan Pablos,  
México, 2008.



Claudio Isaac ha realizado en la escritura de *Cenizas de mi padre* una difícil tarea: encarar al padre. Mítico tema de la literatura: la búsqueda del padre, la rivalidad con el padre, el entierro del padre, vengar al padre. Pedro Páramo, Edipo Rey, Hamlet: resonancias poderosas que apuntan a la pertenencia, a encontrar el lugar propio ante el orden dispuesto por el padre. Por el poder del padre. El padre que duele: “Este polvo mal cernido que es mi padre desde ayer me arde en la piel...”.

Claudio Isaac fue a Comala a buscar a su padre, literalmente, porque allí vivía Alberto Isaac; escogió Comala para pasar la mitad de su vida. El Comala de Colima, de cuyo nombre se apropió Rulfo para bautizar un territorio de la orfandad, y que en realidad comenzó llamándose Tuxcacuesco, como el poblado jalisciense frente a la hacienda de la familia. Claudio Isaac arranca esta historia —teñida de sinceridad y de una ternura que nos acerca a las esferas singulares de las relaciones familiares— con la manera en que acepta tirar las cenizas de su padre en el mar. Después de no atreverse a verlo poco antes de su muerte, como una acción necesaria, como un rito que permite seguir en la vida ante la ausencia de los amados, Claudio lleva el brazo en alto, lo protege del embate de las olas mientras nada hasta el punto donde esparce a su padre que lo envuelve. Ritual purificador, desprenderse y envolverse con el padre, cobijarse con él, mientras se le deja en Cuytlán, el mejor sitio para un hombre carismático, fuerte, nadador, dibujante, cineasta.



“¿Qué tan lejos debo nadar?”, se pregunta Claudio Isaac mientras lleva las cenizas guardadas en una caja de madera. “¿Hasta dónde he de llegar para que el tributo elegíaco sea satisfactorio?” Él mismo se contesta: “No es más que la duda franca de un hombre en el mar, aturdido, empujándose con un solo brazo”. Ese mismo espíritu de tributo y de duda franca, de dificultoso nado, es el que recorre el libro como una nervadura donde el tejido vegetal de las palabras habrá de disponerse.

Testimonio, diario personal, novela, qué más da, cuando leemos *Cenizas de mi padre* asistimos al encuentro necesario al que la ausencia del padre obliga. “La vida en fricción con la muerte...”, escribe Claudio Isaac al elegir, después de la dolorosa muerte del padre, reconstruirlo. ¿Quién era Alberto Isaac, ese niño huérfano de padre, criado por sus tías en Colima, nadador olímpico, caricaturista, actor, director de cine; hombre alegre, ligero, fácil? Lo reconstruye para mirarse a su sombra y distinguirse de él, y distinguirse en él. “Y fue, en general, un hombre feliz, afortunado y feliz. Algo me indica que la melancolía muy recóndita, las añoranzas de lo imposible, me las dejó a mí sin querer, me traspasó esa herencia que era suya, y que yo he venido cargando por años.” Claudio no se dedica a hacer alabanzas: recorre las flaquezas y fortalezas del hombre Alberto y del hombre Claudio, como hombres y como profesionistas, como padres y como amigos. Busca una verdad, su verdad, saber quién es Claudio hijo de Alberto, por qué son tan diferentes y en qué se parecen, por qué están armados de tan distinta manera. No permite que la muerte empañe su visión: señala las deficiencias de Alberto como padre, como director de cine, no para malquistarse, sino para dimensionar las cosas. Escribir es ordenar, se fabrica una lupa de palabras para mirar el mundo y para mirarse uno mismo. Y eso hace Claudio, hay una necesidad arrebatada de colocarse cerca del padre, como hijo único y solitario en el duelo y en la relación, y hacer limpieza. Esto sí, esto no, esto era él, esto me gustaba, esto cambió con el tiempo. Con una prosa grata y natural coloca al lector en la intimidad de la esfera familiar, en las aristas complicadas y en las ternezas

ocasionales. Nada fácil ser padre, muy complicado ser hijo. A través de los detalles de la relación con su padre —los tiempos escolares cuando Alberto permite a Claudio truncar sus estudios—, de las visitas a Comala, del trabajo juntos en el cine, de los amores de ambos, Alberto reflexiona sobre su propia paternidad mientras encarna el doble papel de hijo y padre.

El recorrido por esta relación, salpicado de anécdotas precisas que retratan desde la primera persona un México de varias décadas, se entrelaza con el viaje que hace un grupo de amigos, narrado con otra voz, para llegar al Abierto Nacional de Natación y Clavados de Estados Unidos en Akron, Ohio, en los años cincuenta. Uno de los competidores es Alberto Isaac. La lectura de estos pasajes intercalados en el otro relato va construyendo una especie de *road movie* de cuatro jóvenes mexicanos ilusionados y audaces que se costean su propia participación en la contienda. Esta óptica permite mirar al Alberto que no le pertenece al hijo, pero que el hijo necesita mirar para tener el cuadro completo. Hay en esta otra narración una sensación de que se es espectador de una película, con su estética de época, y contada a base de diálogo.

Mientras avanzaba la historia, yo no sabía claramente qué lograría ese efecto de contrapunto y de pronto descubrí que, con la distancia que lograba el

narrador del Alberto joven, asistíamos al despliegue de sus atributos, de aquello que lo haría querible, inasible, ligero, bromista. Un Alberto Isaac antes de ser el padre de Claudio. Parecería que en este doble acercamiento, Claudio ajusta la mira para no padecer miopía, para comprender la necesidad de tenerlo de cuerpo entero, para mirarse en su superficie reflejante y comprenderse a él mismo.

Libro homenaje a un padre figura pública, testimonio entrañable que apresa las múltiples aristas de una relación siempre compleja, padre-hijo, donde sin duda Claudio Isaac no está pensando en quedar bien con nadie, sino en quedar, a través de la palabra, en paz con su padre, en paz consigo mismo. Mientras escribe lo convoca, no sólo como tema sino por el reflejo de la sombra de su perfil en el papel. Asistimos al proceso de la escritura misma y a su condición de refugio. De casa. Aplaudo la valentía dolorosa de mirarse en la transparencia del espejo y llevarnos con la suavidad de la prosa a hundir la cara también para encarar a nuestros padres, nuestros miedos, y esa conversación trunca que es toda muerte y que Claudio ha prolongado en el papel y la tinta. ~

